moñona

Número 1

ENE 2026

Editorial Palurda Palestra
2026, Derechos sin proteger
No hay plata para el ISBN
Portada por Gabriel Borja
De nuevo.
[Los dibujos y la edición, también]
Publicado Enero 2026

A modo de introducción

Pensamiento de Caracol (Nota Editorial)
Gabriel Borja

"Me acompañaban por esta tierra
Mi humilde casa de cascarón
Siempre en la hoja, más no me importa
Porque en mi hoja estoy libre
De los problemas de aquellos bichos
Que se disputan con gran pasión
Unos papeles que yo no entiendo…"
Gustavo Pena 'El Príncipe'[1]

Escribo esto un par de horas antes de publicar la primera entrega. No había imaginado lo difícil que es bajarse por un instante de la torrecita del trabajo editorial, de la burbuja inexorable del '*editor*'. Mi trabajo en esta casa había consistido siempre, en organizar las letras de quienes tenían la suficiente valentía para permitirle al otro leer lo que escribían, luego, me refugiaba en alguna esquina de la página y dejaba constancia "*editado por…*". Hoy, más por insistencia que por gusto, me estreno en este dediparado mundillo de la escritura pública.

Ha pasado casi un año desde la primera vez que el nombre *Palurda Palestra* fue mencionado en un café de La Macarena (obviamente). Hasta hoy, todo había sucedido casi que exclusivamente en las conversaciones que mantenía con mis amigos pseudoescritores, babeando, imaginando la quimera de por fin, algún día, hacer de la escritura algo rentable. Aunque ese día no haya llegado aún, y tal vez no llegue a cómo están las cosas, decidimos trabajar —cosa que de por sí ya merece cierto reconocimiento— y sacar adelante una entrega semanal que nos obligará a enfrentarnos al reto, siempre peludo, de escribir algo que merezca ser leído.

¿Qué nombre le ponemos? me preguntó alguna vez Juan Pablo por la bocina del celular. Yo ya tenía un par de ideas, pero no fue hasta que decidimos publicarlo la mañana de los lunes que lo bautizamos *moñona* en las sedimentadas aguas de internet, yo desde Bogotá y Juan Pablo desde España (bueno, Euskadi para no enojar a los abertzales). Y claro, el desayuno es la comida más importante del día, de ahí la prepotencia de pretender *alimentar,* algo o alguien, con lo que hemos reunido en estas páginas, y con las que vienen.

[1] Gustavo Pena, "Pensamiento de caracol", El recital, interpretación en vivo, Gustavo Pena El Príncipe, 2003.

Hace rato no escribía más que cartas, por varias razones y un par de excusas, entre ellas, que no tenía nada por contar, porque lo que quería decir, ya lo había dicho en alguna de las diatribas que echábamos cuando procurábamos alargar la noche, abriendo otra botella o caminando por ahí, esperando a que la luna dejará de cobijar la embriaguez o los sueños. Esta no es una excepción, hoy tampoco tengo nada que decirles, pero si la responsabilidad de darle inicio a estas entregas, aun cuando la introducción la escribo con todo el trabajo terminado.

Heme aquí, con la burbuja rota intentando excusar la carencia. Ya desapareció el refugio, el escondite a pie de página, ya no queda más que esperar no sonrojarse de pena y seguir. Ya abajo de la torre, ya con algo más o menos terminado. Esta es mi casa, la que cargo en la espalda: la escritura, la morada a la que pretendo volver, la que hay que cargar. Una pequeña cabaña donde se pueden ir guardando otras baratijas. Yo la llevo a todas partes, la esculco, la siembro. Eso pretende ser la moñona, el impulso necesario, el motor inmóvil que lo lleva a uno a escribir.

Esa fricción inicial entre lo que uno cree que debería decir y lo poco que realmente tiene, se vence en algún punto. El primer párrafo sale torpemente y el resto casi que por inercia. El texto perfecto no existe, las buenas ideas no las escribimos nunca. Uno tiene *es que* escribir y ya, echarse esa casita al hombro y llevarla para todo lado. Siempre que se pueda, dejen pasar a otros, invítenlos a la mesa, llenen de palabras el mundo que cada vez está más feo.

Ya casi muere la noche, mañana hay que cumplir con la rutina. La casa de nuevo al hombro. No me queda más que invitarlos a seguir leyendo. Así pues, le cumplo a mis jefes, y a ustedes, les dejo el desayuno servido en la mesa.

¡Niños, bajen a desayunar!

Índice

Ira e Intenso Dolor | **Alberto Vélez**.....5
Enseñarle a Hablar a un Pez | **Eddy Araque**.....7
Seis Vasos de Agua | **Luis G. Gutierrez**.....10
Me Intenté Robar un Pollo | **Andrea Alvarez**.....12
Por Siempre Hasta el Fin del Tiempo | **Juan P. Vergara**.....14
Clasificados | **Editorial**.....22

Ira e Intenso Dolor

Alberto Velez

Juan Pablo me invita a escribir en su página de Instagram. Lo que él no sospecha es que activamente considero que las columnas de opinión, o, mejor dicho, las críticas en general, hoy más que nunca resultan repugnantes, insoportables, ilegibles, injustificadas y, en fin, un ejercicio carente de pensamiento profundo que, por supuesto, no suscita en la gente la más mínima curiosidad, y con razón. Las críticas pretenden partir siempre de una fuerte base lógica y, por lo tanto, todo lo que pueden decir (y dicen) se vuelve predecible desde la primera oración. Basta leer una sola línea de cualquier crítica para saber perfectamente lo que será dicho a continuación y, como resultado, el ejercicio lector se vuelve semejante a un trote idiota, un paseo en carro que solo gasta gasolina y enfada al conductor en el primer semáforo en rojo.

El lector lee, pero no sabe por qué está leyendo. El lector ya sabe qué procederá, y aún así sigue leyendo. El lector ya entendió el punto, pero como ha entrado en la dinámica idiota de las columnas de opinión sigue leyéndola sumiso a la extrema vileza del columnista, quien por cierto escribe sabiendo que todo lo que podía decir ya lo dijo y que su escritura parte de la voluntad (malvada) de malgastar tinta, de prolongar lo improlongable, de arruinar su propia escritura, de diluir su pensamiento hasta que carezca de eje y solo sea una palangana de agua inexplicable.

Los literatos se dedican toda la vida a criticar a los malos escritores porque les resulta fácil y rápido y así consiguen el aplauso de una docena de bobos con gabardina y bufanda. Podrían decir simplemente “no me gusta”, pero en cambio con gran descaro y poca vergüenza inventan teoría literaria, le roban naderías a la filosofía, se embolsillan maricaditas de los lingüistas, plagian las babosadas de los científicos políticos y no pocas veces incluso fingen que saben sumar y restar y le meten aritmética básica a sus escritos, porque si Hemingway tiene 3 manzanas y Faulkner le quita una, ¿con cuantas manzanas se queda Ernest…? Los críticos critican lo criticable, pero si justamente algo es criticable entonces ¿cuál es el punto de hacer crítica? Condenar lo condenable es una tarea burocrática, digna de Excel, no de una así llamada columna de opinión. Alabar lo alabable es una redundancia, lo mismo que detestar lo detestable y amar lo amable. La inteligencia artificial podría hacerlo con un buen *prompt*: de inmediato saca estadísticas, de inmediato documentales de *YouTube*, de inmediato artículos científicos escritos por asiáticos. Entonces, ¿cuál es el punto? Entre más se pregunta, más tonto se nos antoja el eco que nos cachetea cada vez.

Reitero que es un ejercicio idiota que idiotece tanto al escritor como al lector, pero también al editor o a los editores, que creen estar más allá de la idiotez, que creen haber superado a la idiotez, que creen haber dejado atrás a la idiotez cuando la realidad es que son justamente ellos los verdaderos criminales, los verdaderos terroristas del pensamiento. Están sepultados en la idiotez porque son ellos, los editores, los que incitan el acto escritural vacío: ellos son los dueños de las palanganas de agua. Llenan sus casas de palanganas de agua. Dicen: "traigan, traigan más palanganas de agua" y entonces los columnistas (¡un engranaje más de la estructura de la idiotez!) traen más palanganas de agua, cada vez más grandes, cada vez más llenas de agua, y dicen "Vergara, aquí te dejo mi palangana de agua…". La casa se llena de palanganas de agua: uno critica el mal tráfico, otro el mal clima, otro el consumismo, otro la ignorancia, sin sospechar que criticar el mal tráfico sobra, que criticar el mal clima sobra, que criticar el consumismo sobra, que criticar la ignorancia sobra porque ya todos conocemos de memoria el sonsonete. También sobra las ganas de llevar la contraria: el clásico movimiento de alabar lo que honestamente no solo no es alabable, sino que abiertamente desagrada, como cuando Carolina Sanin hizo el artículo elogiando al reggaetón o una cosa así de ridícula y baja. Carolina, como buena cachaca, creyó que por llevar la contraria creaba algo nuevo, nunca antes visto, sin sospechar que lo exactamente contrario a lo predecible también es predecible.

Todas estas payasadas que estoy diciendo me llevan ahora a fingir considerar que la crítica se ha convertido en un género literario y que, inconscientemente, se lee también como tal. Es decir, se lee por leerla, por el simple gusto de quemar el tiempo. A nadie le interesa la crítica en sí misma. Nos aburre leer a un columnista criticar lo criticable, decir lo decible, y terminar el último párrafo con una oración "contundente" (como se dice en las clases de periodismo, que dan bastante asco, por cierto). Nos entretiene mucho más, en cambio, escuchar la diatriba de un loquito en la calle, el discurso de un borracho, e incluso la hilera de insultos que una cuenta falsa puede llegar a comentar en las noticias. No solo nos entretiene, sino que la diatriba del loco nos genera mucha más reflexión que los textos críticos, las columnas de opinión o lo que sea. La diatriba es libre como el sol cuando amanece, salta de una cosa a otra, va reventando lo que encuentra e incluso incurre en el fuego amigo y la alta traición. La diatriba destruye y en el proceso se destruye también. La diatriba no deja rastro como un buen criminal. En cambio, la palangana de agua queda estorbando en la sala, indefinidamente estática en el patio, infructuosa en medio de la calle. Aunque, bueno, en fin, todo es relativo.

Enseñarle a Hablar a un Pez

Eddy Araque

I.

Ahí está el animal: zambulléndose en el sol que cae sobre el sofá. Se enrosca en sí misma, hace ejercicio por la fuerza con la que estira los músculos.

Ahí está el animal. Tiene pieles sintéticas de arabescos y algodón, hace tres días el pelo desordenado

Ahí está el animal. Llora

Ahí está el animal, espera que baje la tarde

Ahí está el animal, por todos los motivos del mundo lo venció otro plazo, otra hora. Se resigna

Ahí está el animal. Incompleto desde su nacimiento, hay un hueco en el cuadro, no alcanza la imaginación

Ahí está el animal, pagó por su cueva

por su mueble

por su rato de sol

Ahí está el animal. Duda si podrá vivir un mes más

Ahí está el animal, morirá cuando lo deje de mirar.

II.

Llevo tres días esperando a que baje el agua del lavaplatos. Lo he intentado todo: chupa con la mano, bicarbonato, agua caliente, meter un palito chino por el sifón, hacer remolino con una cuchara, quemar palo santo alrededor. Nada ha funcionado para recordarle al agua su cauce natural.

Ya no es agua, ahora es sopa, aceite, aromática, masa, caldo. Tiene un color rosado que cogió de la remolacha que preparé el lunes.

Cuando empecé a vivir aquí se manifestó el problema, no me pareció grave en el marco de los cacharros de cañería en las ciudades. Es normal en casi todos los apartamentos.

Es mi culpa que los sifones no bajen a su velocidad esperada porque o lavo muchos platos o dejo muchas sobras chiquitas: el cuncho de café, granos de arroz, una cáscara de papa.

A los cuatro días de vivir aquí se estalló el tubo del lavaplatos, como ritual iniciático la casa me ofreció sancocho servido en sí misma. Cuando lo arreglaron supimos que el problema era de todo el edificio. Para siempre (lo que dure nuestro siempre en esta casa) nada de lo que hagamos importará, la tubería es el sino, las defensas de la estructura. Ahí estará la demora: 250ml, 500ml, 1 litro, todo se va a tomar su tiempo en bajar. El calvario empezó con las ollas: las más grandes sirvieron de contenedores de agua y sopa de menaje, así no acumulaba platos sucios que no tenían espacio destinado más que la negación del mesón y la existencia grotesca como bodegones en la alberca.

Me acostumbré a los ritmos: cocinaba sabiendo que su costo era equivalente al doble de volumen. Una hora cocinando, veinte minutos lavando y cinco horas para que la cocina se sintiera usable de nuevo. Así todos los días. Si venía alguien no lo dejaba lavar los platos ni cumplir con ninguna de sus pulsiones de visitante, sentía vergüenza que, en últimas, era fijación por privatizar el goce del desagüe después. En sueños me imaginaba el sonido del último sorbo del caño dejando seco de grasa y burusas el lavaplatos, un deconstruido con todos los componentes de la cena en algún sentido molecular y temporal; una silueta de lo que comí antier, ayer y hoy. La mañana era ritual esperanzador porque en la noche dejaba un acuario y al levantarme era playa, arena más que cualquier cosa.

El lunes el lavaplatos estaba a la mitad cuando me fui a dormir, el martes me levanté y nada había pasado: el agua quieta e inerme tenía una espesura sin ondas. Al miércoles me prometí comprar una chupa, alterar la mecánica (o la intención) de los lavaplatos y empezar a tratarlo como un retrete. La misión se saboteó planeándola: me atacó la gripa. Antes ya me dolía la garganta y el cuerpo, pero el miércoles estalló la fiebre. Hervía, me dolía todo con una espesura de consomé. Dormía, abría los ojos, me sentía dentro de una olla pitadora, volvía a dormirme.

Según la biodescodificación, la fiebre se alimenta del desequilibrio en los lugares fundamentales de emoción en mi vida, o sea el amor, o sea, el hogar. Si arquidescodifico el lavaplatos ¿qué? Desequilibrio fundamental de pasado, desequilibrio fundamental de atención, desequilibrio fundamental de cuidado, desequilibrio fundamental habitacional magnético kármico innegociable interseccional agujereado.

En el Diablo Rojo[2] se advierte: nocivo para criaturas del agua. Hay que usar guantes, tapabocas, lentes de protección, salir de la casa cuando el producto salga de su recipiente y haga contacto con el agua empozada porque los vapores que emula resultan altamente nocivos para la salud humana y, creería yo, para todo cuerpo o criatura viviente. Es como la aspirina para tubos, pues tiene efecto inhibidor de sustancias naturales al cuerpo que trata sustancias excesivas que por su cantidad ahora le generan dolor, malestar, acumulación, una enorme congestión y problemas domésticos.

Cuando intenté de nuevo con el palito chino (chopstick) se quedó atrapado, sentí que algo lo jalaba. Unos dientes de grasa se aferraban a la bara, jalé como haciendo uso de una caña de pescar, orando y ordenando para que la piraña estuviera hueca y tragara con su hambre —o sed— de orificio:

Te pido ser un recuerdo

tres horas en tu branquia

hambre.

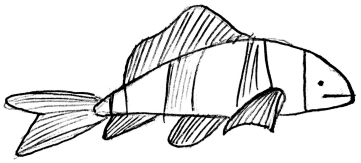
Bebe bébeme bébetelo. Llévatelo.

necesito lavar platos urgentemente

O te mato.

III.

Al tercer día Dios quiso que las aguas debajo del cielo se juntaran en un solo lugar, dijo seco, dijo mar y todo fue hecho. En lo que llamó tierra puso árboles y las metáforas justas de su trampa: los alimentos. Los peces arrojados, insaciables a su sed, beben desde la fábrica, así mismo los humanos que hablan con la torsión muscular de la costumbre, me parece digno: todas las muertes empiezan en la boca.



[2]Agente químico destapador de cañerías que sirve para disolver y eliminar acumulaciones de grasa, cabello, restos de comida y otros residuos que causan obstrucciones en tuberías y desagües.

Seis Vasos de Agua

Luis Gerardo Gutierrez

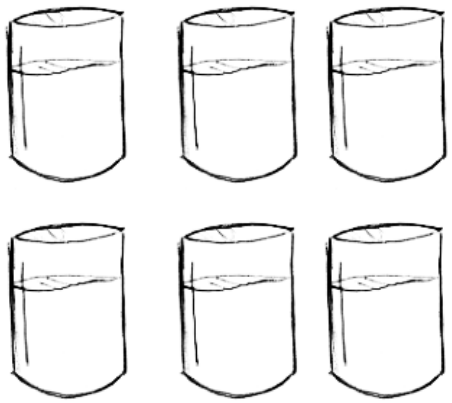
Era sábado por la mañana y habíamos quedado con estos muchachos para desayunar en el barrio. Yo llegué muy a eso de las 9 am porque a esa hora desayuna la gente que quiere aprovechar el fin de semana. No quiero sonar anticuado, pero enguayabado y todo procuraba despertarme temprano los fines de semana. Las alarmas antes eran pura suerte, en el cuarto teníamos una en la mesita que separaba la cama mía de la de mi hermano. Tenía pintado un Mickey en un avión. Un sábado de guayabo dejó de funcionar y me desperté a eso del medio día. Me perdí las chicharronas que trajo mi mamá de dónde Eliecer y hasta Gustavo, el médico, estaba en la sala repitiendo caldo. La mejor alarma —resolví entonces— era tomarme seis vasos de agua: uno por cada hora que quería dormir. ¡Santo remedio!

Gustavo solo iba entonces de vez en cuando para revisarnos la dentadura. De pequeños nos aconsejaba hacer 'estiramientos de pipí' para que no se quedaran chiquitos. En la ducha jugábamos con mi hermano para ver quién hacía más estiramientos. La moción era como la que uno hace cuando estira un globo para inflarlo mejor: arriba, abajo, derecha, izquierda. Así supuestamente no se nos iba a quedar agachado el pipí.

Sentado a las casi 10 am pedí un chocolate en agua como para endulzar el pensamiento, ¿será que estos muchachos pensaban lo mismo que yo cuando tenía su edad? ¿también habrán hecho estiramientos de pipí y alarmas con la vejiga? Era un tren de pensamiento demasiado falocéntrico, es cierto, pero sin ánimos de ser infantil me inquietaba la pregunta. De pronto se los preguntaría después de vaciarlos por llegar tarde. A eso de las 11, pasó la muchacha ofreciéndome un caldito para comer algo. Me hizo sentir algo bobo por andar casi dos horas sin comer nada, como si a esta gente le importaran los modales o algo por el estilo. Unos culicagados que de seguro estarían despertándose apenas. A la 1 terminé de almorzar, estaba sudando un poco por el ají y me entretuve un rato con los palillos entre las encías. Quizá se les olvidó… culicagados, tocó enseñarles a poner una berraca alarma.

Me los encontré en el parque con una bolsa repleta de pan rollo. Parecían diez mil pesos en pan, olía delicioso. Estaban trasnochados, el de la barba en candado usaba un gorro para acomodarse el despeluque, el calvo andaba lagañudo con un palillo entre los dientes. Se perdieron el desayuno, pero ese pan se veía provocador. Reclamé mis dos mil pesos de pan por haberme hecho esperar todo ese tiempo sin darme noticias suyas o por siquiera haber tenido la molestia de aplazar la reunión.

Bueno, antes de que llegaran los niños a jugar micro en la cancha les comenté brevemente: ‘las chuchas son grandes, cada tres muertas les pagó de a un palo’. La invasión era una cosa tenaz, supuestamente los muchachos ya tenían recorrido con estos cafres. Seguro ya habían vaciado la nevera y las alacenas donde guardaba todo el atún. Ya estarían engordando a las gallinas y hasta las descaradas estarían aprendiendo a sembrar tomate.



Me Intenté Robar un Pollo

Andrea Alvarez

Me intenté robar un pollo, no sé si fue por la desesperación, la falta de ocupación, el aburrimiento o el exceso de tiempo, pero me intenté robar un pollo. Hacía poco habían pasado las 11 de la mañana por el frente y ya todos se alistaban de forma casi rítmica y ceremonial para preparar el almuerzo; mi familia experta en trabajo organizacional, pioneros en la repartición equitativa del trabajo y bajo una estricta logística delegó a mis tías para la tarea, obvio incluyéndome como vasallo que trae y lleva, lava, pela, lava, recoge y lava, sin mayores funciones jerárquicas. Me detuve antes de iniciar: que bien me caería un tinto. Pero qué sería de la breve existencia de un tinto sin el sabor mítico de un cigarrillo. Toqué mis bolsillos, nada, fui a la habitación, busqué encima de la vieja mesa que en sus años mozos fue color caoba, y ahora despintada por la compañía cumplida de tres generaciones con nosotros, nada. Tal vez en la cocina, nada. Betty en el bolso siempre tiene, pensé, sigilosa cual ladrón de san Victorino me acerque y con astucia calculada busque, nada.

Aproveché la intrépida violación del bien ajeno, sustraje un billete, dos lukas, me sirven. Me fui. Sentía el sol picándome los hombros, que exhibía por fuera de una camiseta sin mangas de un verde sucio, testigo de mis labores domésticas. El camino me parecía un poco empinado para los zapatos mal amarrados que iban conmigo; avanzaba en el camino pedregoso, fangoso con la habilidad de quien lo ha recorrido en innumerables ocasiones, antojada por un cigarrillo, una cerveza, alguna cebolla que falta o a recoger la encomienda que el camión anunciaba. Las dos lukas al bolsillo del pantalón, los brazos sueltos con ritmo, "*con el ritmo de los guapos al caminar*". *En un de repente*, la soledad del espacio fue quebrantado por el pollo, casual e inadvertido. Lo vi, me pareció muy normal, caminaba como pollo, con sus plumas de pollo y su peculiar andado, tal vez un poco gordo, si, parecía gordo. Me lo imaginé con las patas arriba, bañado en un rico caldo, acompañado con unas papas bien peladas; sin ojos como Betty me enseñó, con una yuca blanca que no esté rucha y plátano verde partido con cuchara obvio para que no se ponga negro y espese el caldo. Del pensamiento a la acción pasaron breves segundos, miré alrededor, el campo solo, el pollo solo, yo sola. Instintivamente mis piernas se empezaron a mover. Daba zancadas esquivando piedras, palos, pasto. Afirmaba mis pies en la tierra sólida que levantaba un ligero polvorín a cada paso, más rápido pensé, no me ha visto aún, ya casi, respira, otra zancada, mira bien donde pisas, ojo un hueco rebosante de barro, salto, zancada, respiración agitada ya, zas! Estire mi brazo y logré agarrar una gran cantidad de aire y un manojo de pasto largo que el pollo estaba escarbando con las patas … huyó.

No iba a desistir de mi gran golpe, había iniciado en esta empresa delictiva y lo iba a terminar; apresuré el paso y cual gacela perseguida corría dando giros, volteretas, iba, venía, me devolvía, corría tan velozmente como el pollo me daba que hacer, miraba sus ahora diminutas patas correr e imitaba con mis piernas sus movimientos, ah qué tan orgulloso se sentiría Usain Bolt al verme correr con tal ímpetu. Mi cerebro enfocado cuál mira telescópica sólo apuntaba al pollo, despreocupada dejé de lado mis ya crujientes rodillas y el dolor que me quemaba las pantorrillas, los pies golpeados por las piedras y los morros de tierra no desistían, ya lo tengo cerca, si lo logré, mis manos rozaron sus plumas alborotadas por la carrera, lo tengo… ¡zas! Fue lo último que vi: las brillantes y rojizas plumas de su cola. Luego tierra, pasto, piedras, polvo, más polvo, cerré los ojos ¡pum! ¡pam! ¡ay, ayayayayyy! Jueputa escuché. Rodé. Las rodillas recibieron el primer golpe, los codos siguieron en esta catástrofe y de últimas mi cara. Si, la cara, de frente a la tierra árida del camino, abrí los ojos, tierra, piedras, piedritas, barro, polvo. Si, más polvo, tirada, camuflada entre el paisaje y quede haciendo parte de él. El corazón lo tenía en la boca con un sabor almizclado a sangre y humo. Humo salía de mis pulmones de 20 años de fumador, aire no, humo. Los cachetes más rojos que el tomate que hacía poco había visto en la nevera. Parecía que iba a escupir los vasos sanguíneos de mi cara. Que vergüenza, no duró más de 10 tristes minutos mi incursión delictiva en el hurto de pollos. Me incorporé con dolor, dolor lleno de vergüenza. Me sacudí como quien no ha hecho nada, obvio mire a todos lados, uf, no, nadie. No hubo testigos. Espera ¡no! Ahí estaba el pollo, a una distancia segura, me miraba, creí ver en sus ojos un dejo de lástima, dio un paso como quien piensa en ir a ayudar a darme una de sus alas, quieto, congelado me miraba pensé ¿querrá ayudarme? Dio media vuelta y se rio, si, se rió a carcajadas de pollo. Acaba de demostrar sus grandes habilidades atléticas, se burló y se fue. Y pues si, he de confesar, me intenté robar un pollo.

Por Siempre Hasta el Fin del Tiempo

"Reprise" (2006) de Joachim Trier y
"This Magic Moment" cantada por Lou Reed

Juan Pablo Vergara-Marín

El concepto de reinterpretación es una redundancia: los covers, versiones, ediciones, mezclas, tropiezos y sazones dan por hecho las transiciones, el paso del tiempo. Uno no re interpreta algo porque sencillamente es imposible, toda interpretación es única por más enredos que uno quiera darle. Donde Benjamin ve al progreso alado yo veo un descenso inevitable, una persecución a ese momentico en particular, esa jaula del tiempo donde escuché la canción indicada en el momento perfecto: la suma secuencial, la cúspide del motor inmóvil. Esa persecución Baladí nos hace cobardes de la muerte, entonces le huimos intentando buscar de nuevo aquello que el paradigma positivista nos presentó como repetible, replicable, reproducible. La sinceridad, pienso yo, es el acto de la honestidad, es la honra de la realidad, es una fotografía orgánica, peinarse las canas y mirar a los ojos. Rescatar a la sinceridad es también un acto de amor propio —que desencadena los afectos ajenos—, es poner márgenes y dejar la página en blanco cuando sea necesario, no es hacer por hacer.

Recientemente vi Reprise, ópera prima del cineasta noruego Joachim Trier: intento reajustarme al hábito de ver películas, a veces se convierte en un esfuerzo consciente y en una lucha constante por no hacer algo más, así que la vi en dos tandas (algo completamente ridículo para una película de casi dos horas). No quiero que el escrito sea una reseña sobre la película, pienso que quien pretenda reseñar un producto cultural deja de lado una realidad sensible importante, una dimensión mucho más interesante que hablar de símiles con otras películas, intentar desentrañar iconográficamente un plano, y en general ver películas con el ánimo de convertirlas en un bien acumulable (como una persona que sencillamente detesta el arte). Más bien prefiero escribir sobre el momento en el que sentí, ponerlo en palabras, perderme un momento en ese tránsito de la pantalla y el sonido a mi interior. A finales de diciembre vi Lost Highway de David Lynch y me conmovió profundamente su banda sonora y las imágenes que la incorporaban a su cuerpo: he repetido maniaticamente This Magic Moment, una versión de Lou Reed del tema compuesto por otro nombre que hoy les debo. Me interesa la autoría suya, la manera como convirtió a una canción 'ajena' en su momento mágico, en su frenesí distorsionado que insisto en repetir y cantar para ver si me puedo enamorar cada vez que la pongo en el bar Terminal por Calderería.

Le prometí a Nerea que le iba a gustar a pesar de ser una canción en inglés, y si se pudieran poner películas en el bar seguro le pediría que proyectara Reprise con la misma promesa.

Philipp, el protagonista de Reprise, hace en varias ocasiones una cuenta regresiva como homenaje al día en el que conoció a Kari, su musa, su pareja, su amor más grande. Ella tardó diez segundos en voltearlo a mirar a los ojos y en una psicosis obsesiva por los azares cósmicos, por los hilos rojos del mundo, Philipp intenta reconstruir esa suerte siempre que comienza a contar hasta cero.

10.

Me fascina hablar sobre los sueños, da pie para una gran conversación y las imágenes que evocan las mentes de ciertas personas me intrigan demasiado. *Así como hay gente de gente, hay sueños de sueños:* algunos prefieren no recordar lo que soñaron apenas despiertan, otros simplemente parpadean su par de horas y se despiertan, y muchos no cuentan con la curiosidad suficiente para explorarse a sí mismos para reconstruir los dibujos del inconsciente. Con mi hermano conversábamos a veces sobre volar: una vez alcanzado el punto de lucidez en el sueño, Juan Lucas alza el vuelo sin más, despega del suelo y surca las bóvedas púrpuras. Yo, en cambio, necesito siempre aletear mis brazos cual pájaro para ver si vuelo porque eventualmente cedo al vértigo. Tengo presente el ruido y la falta de éste, las voces y los rostros que van cambiando, los lugares que vuelven a aparecer y las sensaciones burbujean para evitar esa reincidencia. Me fascina tener pesadillas, o por lo menos despertarme y poderlo verbalizar como una pesadilla. Son mayoritariamente las escenas que más vuelven a aparecer: la puerta en la entrada que no cierra por completo, el pasillo y la sombra en el fondo donde las escaleras, la esquina de los recicladores entre la casa y la tienda del guajiro, el ascensor y el sótano, las ruinas y los andamios, los animales, bichos, asesinos, y el silencio absoluto. Para dormir, sin embargo, es necesario fingir dormir, y por ende es necesario fingir soñar también.

9.

Estamos en la sala y en la mesa están el florero y los fósforos ‘Bengala’. Estamos compartiendo una canción. Ambos queríamos ser escritores, pero nunca la leí. Bueno, una que otra dedicatoria, pero ninguna ficción, poesía, o alarde. Pero escribía con intención, como en la cocina que lo más importante es la intención que uno tenga, y sus intenciones eran poner las mismas canciones y decir las mismas cosas. Al día siguiente no importaba nada, porque volvería a ocurrir eventualmente.

En todas nuestras promesas éramos viejos, nunca fuimos capaces de vernos en el momento, pero aún así ambos queríamos escribir. A eso del mediodía se agarraba el pelo y salía a fumar al balcón mientras hervía el agua del espagueti. Se ponía las gafas y miraba hacia la montaña bajo el sol dominguero de la ciudad.

La vi y quería verla por siempre, quería ser la única persona en el mundo que fuera testigo de esa escena, de la manera como mantenía la mirada fija, atravesando la tierra y la piedra para ver más allá de la cordillera. Yo fumaba dentro y entretenía la cabeza pensando en que podía tener el mismo oficio el resto de la vida, una monotonía que estaría dispuesto a asumir por solo sentir eso que recorrió mi cuerpo mientras tarareaba alguna canción, como lo hacen las almas en un estado absoluto de confianza. Ambos confiábamos, en cada uno, en que el tiempo se encargaría de encausar nuestros rumbos. Espérenme un segundo que me invitó a bailar.

8.

Fuimos al prado ahí frente a la Quinta de Bolívar, hacía un buen día, nos sentamos y metimos todos mano a la libreta: cada uno escribía un verso, tomaba unos sorbos de cerveza, dos inhaladas de humo y continuábamos. Ese día Alberto llevó una cámara, Emilio unas polas, Antonio unas gafas de sol, Pedro la libreta y yo mi pashmina roja. En noviembre escribimos e intentamos de todo, siempre amparados con la tapa en forma de vaso de las botellas de brandy barato. Todo muy borroso con ese bafle a toda, una estática que difuminaba los días como esquirlas de vidrio que no se las llevan ni mil barridos de escoba ni diez años de lluvia. Andábamos de tinieblos y duendes en los autobuses, chorreando, desvaneciéndonos en la noche y en las canciones. Nunca pudimos con un nombre, ni con una melodía, ni con una reunión completa. Lo nuestro era la mediocridad en el mejor sentido del propósito, éramos a medias en los pies del planeta, unos parias merecidos barriendo esquirlas y trozos de vidrio.

7.

“¿Cuándo va a venir a parchar al Recuerdo?” me preguntó J. Alejandro. Bromeo con que él me convenció de ingresar a las Juventudes Comunistas. Me convencía en cambio de probar un viche macerado por él mismo, de asistir a casas de poesía y a ruedas de bullerengue en la Universidad Nacional, a comprar garbanza en Paloquemao. No sé qué responderle, no sé cuándo bajar. Por las calles de ese barrio caminamos pocas veces, las justas, las prudentes. Los llevé a la casa de mi abuela, a J. Alejandro y a J. Gabriel, los tres jotas, los tres hijos de mayo. Los llevé al cuarto que queda al fondo del pasillo de la cocina.

Largué el maletín de mi abuelo encima del armario y les mostré su vida contenida, las cartas, las fotografías de amores, los bolívares, los chécheres, los peines enredados, las esmeraldas, mientras intentaban conciliar con el trasnocho: J. Alejandro en el piso y J. Gabriel en un sillón, el primero con los ojos cerrados y el último todavía en el día anterior. En la misma casa les preparé un hummus, Lucas fumaba marihuana frente a la reja, Antonio y Raquel hacían fuercitas en el comedor, Alberto cantaba Sweet Thing, y por primera vez desde la muerte de mi abuela la casa obró sentido, El Recuerdo —desde la 26 hasta las Américas— entonaba sus murmullos de eternidad. Mesa quería hacer la pantomima de siempre: Chega de Saudade e In Dreams, ambas con su respectiva coreografía necesaria. Un payaso color dulce que entra a hurtadillas en las habitaciones, y a la mía que da a la Calle Aoiz, y a la mía a ocho mil kilómetros de distancia del barrio, del sueño en el piso y en el sillón. Go to sleep, everything is alright.

6.

Reconozco esos pasillos, esos prados, esos salones y ese ladrillo tirando a marrón. Por la mañana, hacia los campos de fútbol y las gradas, las garzas dispersaban la niebla. El tren de la sabana anunciaba su paso y los altavoces indicaban el inicio de las clases. En el teatro contaban, inventaban y provocaban. Era un punto ciego, una prisión que escapaba del panóptico del Ora et Labora. Contaban de almas en pena que recorrían el edificio, que asustaban en los baños, y que sollozaban a cierta hora para ahuyentar a los malhechores y a los maricas. Hay una deuda, hay una raíz maderosa bastante fuerte que ata los cimientos con la mente y el espíritu. Reconozco esos pasillos, hay una deuda ingente. ¿Dónde están los túneles? ¿Por qué nadie los conoce? Sus paredes gruesas de concreto lo unen todo y siguen bajando, sus sótanos palidecen la luz verdosa hasta entregarse a la oscuridad absoluta, donde ni siquiera cruje la tierra. Hay ductos que llevan a la autopista y atraviesan los pantanos que la crecida del caño causó. Hay ductos que llevan a la gloria. Alguien limpia el suelo, no hay mugre en las esquinas ni lo arrastra por las goteras. Los túneles siguen bajando y se siente que por encima del suelo hay un carnaval, hay banderines que atraviesan las estatuas de San Benito y de la Virgen, hay balones, hay grupos de niños con la maleta en los pies. Abrieron las rejas, comenzó la misa. Reconozco esos pasillos que llevan al Salón del Órgano, huele a incienso y a eneldo, las paredes están aliñadas con las pipetas del instrumento, las paredes son de madera rojiza pulida, al fondo se reúne el teclado y las luces del altar. No hay crucifijo ni sacristán, hay un Salón del Órgano, no hay un músico, hay un Salón del Órgano, hay decenas de bancas en el Salón del Órgano donde su carne es la promesa de la canción.

5.

Con Mariana deshojábamos albahaca, teníamos todo un sistema que nos funcionaba bastante bien. Mientras se tostaban las almendras ella lavaba la hierba y yo le desprendía sus hojas. El pesto era suyo, el esfuerzo hasta cierto punto era suyo también. Su madre no sabía que guardaba en un cajón una caja de Marlboro rojo, así que aprovechábamos cuando bajaba a la ciudad para sentarnos en el jardín para degustar el pesto y un par de cigarrillos. Cuando llegaba de trabajar insistíamos en sacar a pasear al perro. Llegábamos a un lugar bajo las barbas de un duende y nos sentábamos para hablar un rato. El anochecer hacia la ciudad la coloreaba de púrpura, hacia donde estábamos era gris azulado. Había pesto todavía en un frasco, duró toda mi estadía, el punto de sal se lo otorgaba cada uno. Íbamos a la cochera a sentarnos para fumar con los renacuajos y luego botábamos las colillas en el inodoro. Años después quedamos en Quinta Camacho, ella iba resfriada y yo iba con la boca seca. A pesar de nuestra apariencia, del dolor pulmonar, y de la saturación en la sangre encendimos un último cigarrillo a ver si con una última bocanada ya habríamos entregado todo lo que teníamos por decir al cielo. Ella dejó el tabaco y mi inercia obstinada espera a una última vez, guarda esa última vez para mí.

4.

El vidrio empañado y los ojos agachados. Me había traído un vaso por si las moscas, por si la sed, la podrida sed, atacaba bajo el chorro, por si la mirada se abría demasiado y si la memoria optaba por hacerse la fuerte. Todos nos desnudamos de la misma forma, de últimas dejamos los calcetines. Abrí la ventana para que saliera el vapor, para que no lloviera dentro. Un estropajo, las palmas hechas estropajo y el sifón que todo lo reúne. Llueve sobre mojado, llueve sobre el cuero, y la memoria eventualmente se hizo la fuerte. Furiosa la ciudad comenzaba a despertarse, para nosotros el letargo comenzaba, el largo y doloroso camino del descanso. Se tiene que ir sin dejar rastro, sin dejar que la arqueología esculque las palabras, que encaminan todo para que vuelva a llover. Nadamos de noche y la ciudad se convirtió en el cáliz que no dejaba que nada rebosara. La memoria se hizo la fuerte, se hizo grande y nos abrazó con la mano. Al día siguiente, o bueno, al cabo de unas horas juzgaban a Álvaro Uribe. Era el día de la justicia, que se hizo esperar bastante para después irse como llegó. Al regresar a la casa el vaso seguía ahí, cual orquídea y su rocío, cerré todas las ventanas para construir un invernadero que mantuviera con vida a la lluvia de la ducha y a la jungla del lecho. La memoria volvió a abrazarme y me desnudó la piel y la carne, no solo se hizo fuerte, sino que también había aprendido a ser timbalera: afinó mis huesos y me hizo mansión roedora.

Dentro de mí hay una familia de ratones que cuando llueve corretean por mis costillas y la convierten en un andén melódico. Volverán a juzgar a Álvaro Uribe y tendré que servirme otro vaso y hacer de la ducha un invernadero para que el ciclo del agua nazca en las paredes para ver si esta vez rebozamos a la ciudad entera.

3.

Para Ignacio, que lo conocí en un bar el día de su jubilación, en la vida tuvo tres amores: su trabajo, su hija y Mikel Erentxun. Ese día de su jubilación me contó que ya su trabajo lo abandonó, su hija se mudó a Donosti y había hecho familia allí, y que ahora cree morirse en Iruña. Me pidió el favor de pedirle a la mesera una canción de Duncan Dhu mientras terminaba su bebida. Comenzó a sonar 'Esos Ojos Negros' y bailó despreocupado, enamorado. Sin haber conocido amor alguno cogí unos vasos desatendidos y me los robé. Si me lo encuentro por ahí le daré las gracias por darme dos vasos rotos y la voz de Mikel Erentxun cantando "dime ahora que duerme la ciudad".

2.

El cinco de enero nevó en Villalbilla y quedó una colcha de cielo suave en el suelo. Hay gente que insiste en ver películas de navidad donde no cae nieve como por llenar algún vacío, como si cumplimentaran cada aspecto de sus vidas, de sus sentimientos, de sus aspiraciones. Vi esas películas toda mi vida, en la costa, en Melgar, en mi casa, y hasta en televisores encaramados de panaderías. El frío es lejanía y también un recordatorio de la falta de alguien a quien consentir, o que lo consientan a uno, y de ese frío hay en todo lado. Hay gente que no quiere sentir, o peor, que se las creen saber todas en cuanto al sentimiento, como si fuera un programa de puntos de Falabella o un formulario: todo acto vacío, fachada, villancico, cena navideña, muérdago, y maricadas varias propias de esa insistencia peculiar de ver películas de navidad donde no cae nieve. Hay gente que cree firmemente en la solidez incontestable de la tradición, de la repetidera, del eco y la imitación. Pobres almas con miedo al abandono. Y quien no, ¿quién no le tiene miedo a la soledad, a la inclemencia del tiempo? Pobres almas que juran sobre la piedra de Jupiter que ese hábito, esa creencia ciega, los acompaña a algún lado. En Colombia nieva en los glaciares de las montañas y en contados páramos. Graniza mucho, el hielo es grueso y revienta tejas y cristales. La gente insiste en hacer sus muñecos, sus ángeles, y sus bolas, pero no siempre por Fé ciega a la tradición, a la imagen del frío. En Colombia la navidad no son gorros ni sacos ni pinos ni mucho menos una puta canción en inglés.

En Colombia, en un país donde la nieve no ocurre entre noviembre y febrero, el frío habita en la gente que se rehúsa a sentir, en aquellas personas con miedo a los demás, con temor a la sinceridad del trópico.

1.

Escrito el 22 de diciembre de 2025

A principios de este año me encontraba con una jaqueca punzante en un pasillo del Hospital San José Infantil después de un intento de suicidio. La noche entera la pasé entre chequeos ocasionales, locos corriendo por los pasillos, y la general angustia de habitar un después incoherente. Tenía mucha rabia, pero el cuerpo estaba drenado y ya no había nada más que hacer que asumir los caprichos de la mente. Que nadie le diga nada a mi abuela, que se puede morir. En la hora del almuerzo Juana me visita y me dice que Lynch se murió. Qué va, yo todavía en el pasillo sólo quería dormir y descansar. No sabía cómo sentirme, porque la ira no lo enoja a uno únicamente. Uno también la reprime, la abraza, y hasta dibuja con ella. Quiero recordar ese día como la vez que dejé que ganara la ira, muy a pesar de mí mismo.

Faltando un par de semanas para aquel aniversario me encuentro muy lejos, viviendo otra vida mientras la primera baila cual pelusa pequeña en un ático. Acá la gente insiste en llamarme Juan Pablo, en llenar lo que no les he contado con alguna suposición inocente. Es más, me conocieron con el bigote. Yo ya me acostumbré a las nuevas caras en la calle, al sonsonete de sus frases y sus acentos y las conversaciones. Saben muy poco, saben lo que quiero contar, saben lo que quiero recordar. Hace casi un año me convencieron de no decirle a nadie del porqué de mi hospitalización, como una sombra que puede volverse un chisme verrugoso. En las carreteras que vienen y van en el tiempo hay muchas vueltas, futuros pasados —como quiere Koselleck— que no contemplaba el 15 de enero. Al tiempo no le incumbe, no le interesa, y la gente sigue preguntándose por el café. Pero uno se vuelve a equivocar y las amistades se van y los rostros se confunden y la malparida jaqueca viene de vez en cuando para jugar a la lleva con la ira. Ya casi 15 de enero y Dick Laurent sigue vivo. De pronto, qué cosa, no pueda volver a escuchar música otra vez.

A Lou Reed se le ocurrió la brillantísima idea de cantar el mejor tema en la película (incluso sobre Bowie y la genial versión de Song to the Siren de This Mortal Coil) mientras Pete reconoce a su mona peligrosa. Cada quien gana, pierde, recuerda y brinda como quiera. Y conocí al envuelto de maíz mientras mi abuela se iba de este mundo, dejé que Edson Velandia me convenciera de una buena canción suya, besé de nuevo y dejé que la pelusa encuentre qué hacer por allá en el ático.

La Negra cantó cambia todo cambia, incluso muerto Dick Laurent, no porque diferenciemos entre el pasado y lo que se dice del pasado, pero más bien porque podemos perdernos en la carretera, siempre existe la posibilidad de tener otro 15 de enero.

Es muy carente de curiosidad querer reducir a Lynch a entenderlo o no. Es injusto con uno mismo querer entender o no al arte, o a las cosas que suceden. Qué falta de imaginación. Lynch daba mucho pie a que uno interviniera en la disposición que se tiene hacia el cine, hacia el arte: no es algo unidireccional, se necesitan dos para bailar al tango. Está bien sentirse perdido, sin cauce ni causa, a la deriva de alguien que insiste en habernos conocido de antes. El cuerpo, el germen del tiempo, muta, se hincha, se transforma, se mutila, combate y se instrumentaliza. El capital y los regímenes de consumo quieren deshacerse del cuerpo y suprimir al tiempo. Esa es la pornografía, esa es la ilusión de seguridad que brinda la autoridad, ese es el registro audiovisual. Uno recuerda como quiere, en sus términos, en su desgraciada carretera que no conecta nada, que le permite a uno usar la ira como combustible para que pueda acabarse, sublimarse, incluso perderse. Me enteré el 16 de enero de la muerte de Lynch y de la imaginación del tiempo.

0.

El viento silba, habla, vuela, sopla torbellinos y se sienta. El viento es carguero y lleva a cuestas, es mensajero y fiel recordatorio. Refresca, alienta, levanta y fluye sus siluetas, corriente de frases en caravana. ¿Dónde va lo que no se lleva el viento?

SE ARRIENDA
Columna de opinión, o de lo que usted quiera.
INFORMES
BvB05252007@gmail.com
TEL.: